

el alma angustiada se acercó á la puerta para recibirle.

Apareció Campbell gravemente, y puso en su saludo una afectuosa compasión. Contempláronse un instante, guardando un silencio harto violento. Pero las primeras palabras lo revelaron todo:

—Soy portador de malas nuevas, de pésimas nuevas. El teniente Hervev se ha batido esta mañana; le ha herido una bala en el costado, y tememos que peligre su vida.



CAPÍTULO IX

UNA BALA Y UNA RECETA



la mañana siguiente, Londres explotaba dos temas de conversación muy interesantes: la enfermedad del rey y el desafío ocurrido entre dos oficiales de la guardia.

De quince días acá el Rey se veía sitiado en su cuarto por una dolencia que al principio fué calificada de ligera afección del pecho. Mas, transcurriendo el tiempo, y no presentándose síntoma alguno de mejoría, el público empezó á inquietarse. Finalmente los médicos consignaron en partes facultativos el estado del

enfermo, y todos comprendieron que Guillermo IV estaba gravemente enfermo.

No obstante nadie acogía aún la idea de un desenlace fatal. Hacía tan escaso tiempo que el rey ocupaba el trono—siete años nada más—, pareció tan sano, tan fuerte la vez postrera que fué en carruaje á la apertura del parlamento, que todos le creían destinado á reinar por largo espacio todavía. Había cumplido solo un mes desde que la princesa Alejandrina Victoria llegara á la mayor edad legal, que un «acta» del Parlamento fijaba á los diez y ocho años, y hasta la sazón se había presentado tan escasamente en público que la nación no la conocía mucho más que durante su menor edad.

El desafío de Battersea atrajo la atención, por no ser en aquellos tiempos tan frecuentes los desafíos en Inglaterra como lo fueron en la generación anterior. La noticia de que los dos adversarios estaban heridos, y uno de ellos mortalmente, acrecentaba el interés; los diarios publicaban gacetillas en que los combatientes aparecían designados

por sus iniciales: el capitán M. y el teniente H.

Pero la persona á quien más debía conmover el acontecimiento era, sin duda, el general en jefe. En cuanto se enteró de la noticia, y supo que el mayor Campbell, el propio oficial á quien había encargado una averiguación sobre la causa de los desafíos, había desempeñado en aquella ocasión el papel de testigo, le mandó la orden de presentarse inmediatamente.

Apenas había partido el ordenanza con el pliego, se hizo anunciar el mayor Campbell. El general en jefe ordenó que le introdujesen inmediatamente. El mayor no había casi penetrado en la estancia cuando lord Hill le apostrofó con violencia:

—¡Ah, señor Campbell! ¡Con qué vinisteis acá, y por vuestro propio impulso! ¡Me pregunto cuál es vuestra noción del deber! ¿Cómo calificáis vuestra conducta? ¿Os parece digna de un oficial? Dos días ha os encargué una misión especial: la averiguación sobre la causa de esos funestos desafíos. ¡Y al día siguiente tomáis parte en uno de ellos!... Me harías

un singularísimo favor dándome á entender que pueda atenuar alguna excusa hecho tan incomprensible.

—Milord, si queréis permitir que me explique...—empezó diciendo el mayor, nada emocionado por semejante acogida.

—Claro, yo permitiré siempre á quien quiera que sea una explicación, como él pueda darla. Pero no ha de ser para vos tarea muy llana la explicación de vuestra conducta, os lo garantizo.

—La misión que me confiásteis dos días ha, era confidencial. ¿Puedo suponer, milord, que cuanto deba decirnos con respecto á ese asunto no adquirirá carácter oficial?—insinuó el mayor con su instintiva prudencia.

A pesar de su cólera, el general reconoció la justicia que asistía al mayor. Asintiendo con una seca inclinación de cabeza, dijo:

—Proseguid, señor. Esta conversación nada tiene de oficial.

—Gracias, señor. El desafío de ayer tuvo lugar entre mi más íntimo amigo, el teniente Hervey, joven oficial de veintidós años y cierto ca-

pitán Metcalfe, duelista sagaz que ya otras veces ha muerto á su contrario. La provocación partió de él después de una discusión sin importancia; en el curso de una partida de naipes ese Metcalfe condujo al joven Hervey al empleo de expresiones algo vivas. Yo saqué la impresión de que todo había sido combinado anticipadamente, y consentí en ser testigo de Hervey para evitar que fuese víctima de una traición durante el combate.

—¿Por qué no impedisteis que se hallaran?—refunfuñó lord Hill.

—Porque yo tenía indicios, no pruebas, y si Hervey se sustraía al combate iba á ser acusado de cobardía.

El general en jefe frunció las cejas. Él era también soldado, no podía combatir aquello.

—Muy bien, señor, continuad. Ponedme al corriente de vuestros indicios.

—La víspera del incidente los dos adversarios comieron con otros amigos en casa del barón Sturmer, personaje á quien vos, señor, debéis de conocer.

Lord Hill se estremeció ligera-

mente y lanzó una mirada ansiosa á su interlocutor.

—En el curso de la averiguación que llevaba ya empezada por mandato vuestro, descubrí que el último desafío en que ese capitán Metcalfe había muerto á su contrincante, tuvo efecto precisamente después de una comida en casa de Sturmer, á la que habían asistido Metcalfe y su víctima.

—¡Cielo santo!

Todo el enojo de lord Hill contra Campbell desapareció ante esta noticia, que le llenó de horror. Estrechó el brazo de su butaca, y escuchó ávidamente.

—Parecióme que mediaría una relación entre los dos acontecimientos, puesto que Metcalfe y su testigo, el capitán du Vaux, habían tomado parte, con distintos papeles en varios desafíos recientes. Supe por Hervey lo ocurrido durante la cena. Parece que la conversación fué mantenida principalmente por el Barón Sturmer y los demás sobre las pretensiones del duque de Cumberland á la corona de Inglaterra, y el banquete parecía tener por objeto per-

suar á Hervey del sólido fundamento de esas pretensiones.

Lord Hill se levantó de su asiento echando porvidas. Su primera intención era seguramente desahogarse en lenguaje violento, pero logró dominarse y echó á andar por la habitación.

—¿Pero vos creéis...?—preguntó deteniéndose cara á cara del mayor, y contemplándole con intranquilidad.

—Que entre los oficiales de la guardia se recluta un partido favorable al príncipe; y que á los oficiales de la guardia cuya oposición se reputa peligrosa, se les anula para que no estorben.

El general en jefe pretendió disfrazar en una prolongada aspiración el efecto que le causaba el terrible misterio.

—¡Siempre la política!—murmuró apretando los dientes.—Esta es la plaga del ejército.

Calló un instante, y prosiguió su febril paseo á través de la estancia.

—Señor—dijo súbitamente, deteniéndose ante Campbell, quien guardaba silencio—en mi vida me

arrastrarán á ese avispero maldito y diabólico; ese avispero me encocora. Ved al duque: después de Waterloo fué el hombre más popular de Inglaterra, hoy es el más detestado. Un soldado no ha de inmiscuirse en la política. ¿Qué nos importa servir á un rey ó á una reina? Lo importante es cumplir con nuestra obligación.

Pronunció esas frases mitad de enojo, mitad de excusa, como si le contrariase hacer su apología delante de un subordinado.

—No obstante, yo debo defender á mis oficiales—repuso en seguida.—Este capitán (¿se llama Metcalfe?) abandonará el ejército. Voy á redactar un nuevo reglamento contra el desafío, y al primero que se insubordine, lo reviento.

Campbell le oía desanimado. Se había forjado la ilusión de que lord Hill tomaría sus precauciones contra la conspiración, y esta esperanza le abandonaba. Era ya evidente, como él había dicho á Teddy la víspera de su desafío, que para desconcertar las intrigas del barón debían contar únicamente con sus propias fuerzas.

Y el único amigo que hubiera podido secundarle en aquella tarea, yacía inmóvil en la cama, gravemente herido; acaso no volvería á levantarse.

El general en jefe parecía no tener más preocupación que la de concluir una entrevista que le ponía en una situación embarazosa y violenta.

—¿No divulgaréis ningún detalle de la entrevista?—preguntó, mientras el escocés se levantaba para retirarse.

—Nada diré de la misión que se me encargó, milord—replicó.—Pero me considero libre para llevar á cabo cuanto pudiere en defensa de los derechos de nuestra futura reina.

Y luego de pronunciar esas valientes palabras, saludó al general y volvió á la estancia del herido.

.....
Teddy, al volver en sí, transcurridas veinticuatro horas desde que le llevaron á su casa, empezó por creerse sólo. Pero un suave crujido le hizo volver en seguida la cabeza; al otro extremo de la habitación veía á una joven en traje negro, vuelta hacia él la cara, que agitaba una poción en lo alto de una mesa.

Por espacio de cinco minutos la vió como en sueños, preguntándose quién era y qué estaba haciendo, sin que se le ocurriesen soluciones satisfactorias. Por fin, dió una voz.

Al oírle se estremeció la muchacha, y esbozó el gesto de volverse, pero no lo hizo. Entonces él la oyó decir con voz reprimida y agitada:

—¡Silencio! debéis estaros quietecito sin decir palabra.

Teddy experimentó una sacudida en todo el cuerpo. Enderezóse, sentóse en la cama, y exclamó:

—¡Pero, si es Fanny!

La muchacha—porque era ella en carne y hueso—se acercó rápidamente al lecho. Riendo y llorando puso la cabeza del enfermo sobre la almohada, y su propia cabeza junto á la de él. Uno y otro permanecieron callados algún tiempo.

La conciencia de hallarse próximos les bastaba. Pero no tardó en desvelarse la curiosidad del enfermo, y dijo:

—¿Cómo lo supisteis?

—Nada preguntéis. Estáis muy enfermo y el médico ha dado formal-

mente la orden de que no os dejáramos chistar.

—Me callo; escucharé nada más. Contádmelo todo.

Fanny vaciló un instante. ¿Sería aquello infringir las prescripciones del médico? Con todo, no supo resistir al ruego que leyó en los ojos del mozo.

—Estad quietecico, y os lo voy á contar. Vuestro amigo, el mayor Campbell, fué ayer á verme, y me contó lo ocurrido. ¡Teddy, creí que iba á volverme loca! ¡Ea, quieto!

Motivó esta reprimenda un movimiento del herido, quien había tomado la mano de Fanny, é intentaba llevarla á sus labios.

—El señor Campbell me dijo que habían procurado mataros porque sorprendimos el famoso coloquio de la sala del trono; y yo le confíé todo el secreto.

El herido la dirigió una mirada de reproche.

—Yo no contraje el compromiso de callar—dijo Fanny, respondiendo á la mirada de Teddy.—Pero aunque lo hubiese hecho—continuó con aire de desafío—se lo hubiera contado

enteramente todo, después de la villanía de esos miserables.

Teddy movió debilmente la cabeza.

—Cuando hubo salido—continuó impenitente Fanny—me fui á ver á la princesa, y le puse al corriente de todo el asunto. Se mostró tan piadosa, que le rogué que me permitiera venir acá todos los dias para cuidaros, y ella lo concedió. Gracias á ella me veis á vuestro lado.

—¿Y vuestra madre?—murmuró el herido.

Al llegar á este punto la mirada victoriosa de Fanny fué reemplazada por otra muy grave.

—No se enterará—confesó.—La princesa ha prometido guardar reserva. Vine además envuelta en un denso velo. No podía soportar la idea de que estuviéseis enfermo aquí, Teddy, cuidado por alguna vieja espantosa.

El herido intentó un nuevo homenaje, que fué reprimido con tanta presteza como el anterior.

—Ayer, al regresar á palacio, me preguntó la princesa por vos y por vuestro estado. Apenas os sintáis res-

tablecido y podáis salir, debo presentaros á Su Alteza Real, quien desea daros las gracias personalmente.

El efecto producido por esta confianza acaso hizo á Fanny arrepentirse de su expansión. El enfermo se incorporó sobre la almohada, exclamando:

—Eso tendrá lugar inmediatamente. Fanny, ¿podrían darme algo para comer?

—¡No, no!—dijo ella azoradísima—nada podéis comer. El doctor ha dicho que os hallábais gravemente enfermo, que debéis permanecer en el mayor reposo y no hablar hasta que él os lo permita. Y por cierto que ahí tengo una poción que debíais tomar hace tres horas; pero dormíais tan á vuestro placer que no tuve ánimo de despertaros.

Atravesó la sala con raudo paso, y volvió en seguida junto á la cama con un brevaje de aspecto nada halagüeño. Teddy lo acogió con una mueca desdeñosa.

—En mi vida sorbo yo esta droga, —dijo resueltamente.— Me siento algo débil, pero no estoy tan enfermo como dais á entender.

—Es preciso que la toméis—insistió su prometida—hacedlo por mi amor, Teddy.

Aun no había producido su legítima consecuencia este recurso, cuando llamaron tenuemente á la puerta. No tardó en aparecer Campbell seguido de un caballero entrado en años, de porte sumamente digno, y cuyos ojos sagaces y penetrantes se fijaron inmediatamente en el enfermo, como si quisiera enterarse de su estado con una sola mirada.

Campbell, que al volver del cuartel había hallado al forastero al pie de la escalera, dijo á Fanny:

—Ahí tenéis á Sir Astley Cooper, el cual se ofrece espontáneamente á visitar al señor Hervey.

Al oír el nombre del famoso cirujano, se encendieron de júbilo las mejillas de Fanny. Antes de dar la mano, saludó respetuosamente á Sir Astley.

—No debe decirse que yo haya ofrecido mis servicios—repuso el célebre especialista con cierta jovialidad.—A decir verdad, una de mis ilustres clientes, que por fortuna jamás hubo de recurrir personalmente

á mis servicios, me ha rogado que viniese aquí.

Emocionados por ese testimonio de la previsorá solicitud de la princesa, los tres amigos sólo pudieron murmurar unas palabras de gratitud. Sir Astley Cooper se acercó á la cama.

—Vaya, amigo mío, no presentáis el más leve aspecto de moribundo. ¿Quién os asiste?

El mayor Campbell cuidó de responder á esta pregunta, dando el nombre del cirujano que presenció el duelo y continuaba encargándose del herido.

—No tengo el menor propósito de morirme—añadió Teddy por su cuenta—pero el doctor les ha vuelto locos, ordenando que debo permanecer inmóvil y beber las más inverosímiles porquerías.

Teddy señaló la poción que acababan de presentarle. Tomó el vaso Sir Astley, y olió el contenido, frunciendo las cejas.

—¿Cuántas veces habrá bebido esto?—preguntó rudamente á la niña.

—Sólo una vez; no había aún reco-

brado los sentidos—contestó muy sorprendida.

El célebre cirujano fué hacia la chimenea y arrojó muy lindamente el contenido del vaso.

—No se lo déis en adelante—dijo.
—Tomará únicamente lo que yo ordene. Veamos la herida. ¿Dónde le hirieron?

—Junto al sobaco derecho—dijo Campbell.—No se encuentra la bala, y tememos que haya penetrado tan hondo que imposibilite la extracción.

La fisonomía de Sir Astley pareció nublarse.

—Es raro—murmuró.—Nadie diría que se ha alojado aquí una bala. Señorita, ¿tendriais la bondad de pasar á la habitación de al lado?

Retiróse Fanny y Sir Astley descubrió el paraje en donde habia dado la bala.

Apenas vió la herida, acentuóse la expresión cavilosa de su rostro. Palpó con el dedo, y al instante reemplazó su duda el mayor interés. Volvió al enfermo con mucha habilidad, y deslizó el dedo sobre la piel de la espalda.

—Ved—exclamó con aire de triunfo, señalando una diminuta marca azul en la piel del costado izquierdo.

Campbell se inclinó y miró aquello con la mayor sorpresa.

—La bala no penetró jamás—afirmó el cirujano con sosiego.—Vos mismo podéis daros cuenta de lo ocurrido. Aquí dió la bala, desvióse y desliziéndose bajo la piel salió de nuevo por ahí.

Teddy se inclinó rápidamente y se sentó en la cama.

—Entonces estamos en el mejor de los mundos—exclamó con alegría—y desde luego voy á comer.

El gran especialista se echó á reir.

—Desde luego. Pero no comáis demasiado la primera vez. Tuvisteis un poco de fiebre, aunque ya parece totalmente desaparecida.

Luego llevó á Campbell á un rincón de la estancia y le dijo:

—No me gusta pregonar las torpezas de mis colegas, pero el comportamiento de ese doctor me alarma un poco. El diagnóstico ha sido formulado con la mayor frescura, y el tratamiento me parece absurdo. Opino que á vuestro amigo habria que

dejarle en las solas manos de su enfermera. Voy á escribir una receta; no necesita más que algo de quinina, y mañana ó pasado se levantará.

El mayor se inclinó, y recordando que el médico fué traído por Metcalfe y de Vaux, se sintió estremecido por una grave sospecha.

Luego de escrita la receta, Sir Astley Cooper se retiró muy confuso por la gratitud que le demostraban.

Llegó el otro médico al cabo de media hora, y quedó suspenso al ver al enfermo sentado en la cama y ocupado en los preludios de un magnífico yantar.

Ante la evidencia del restablecimiento no pudo llevarle la contraria al teniente, quien sostenía que se hallaba ya en estado de prescindir de visitas facultativas. El doctor salió de la estancia luego de tomar los honorarios que le tendió el mayor Campbell con gesto despreciativo.

—Pues, señor—dijo Teddy mientras se cerraban nuevamente la puerta—llegó mi turno. Los señores Sturmer y compañía han obrado hasta hoy á su antojo. Tamafitos van á quedar en cuanto me ocupe del desquite.



CAPITULO X

LA ÚLTIMA PUESTA



PRANSCURRIDOS algunos días, Hervey continuó su existencia normal, con todas las apariencias de hallarse mejor que nunca. Fué éste un golpe terrible para los conspiradores, y aumentó la aprensión cuando el capitán Metcalfe, retenido aun en su cuarto, recibió una breve nota del secretario militar, quien le participaba de parte del general en jefe que puesto que al señor Metcalfe le parecían sus compañeros tan enojosos que en el plazo de dos años se había visto obligado á llevar á tres de ellos al terreno, le convenía dimitir sin dilaciones.